

fermedad... Vos le veréis, doctor, y le prescribiréis lo que conviene hacer para ahorrarle las angustias que me desgarran. Es el último servicio que espero de vos (1).»

Desde las cinco y media de la mañana estuvo constantemente el doctor Arnott junto al Emperador, temeroso de que ocurriese algo durante el día, si bien era probable que viviese hasta el día siguiente ó al otro. «Las ansias son casi continuas. No toma alimento alguno, excepto agua. De cuando en cuando delira, y ha perdido las fuerzas.»

Parte del mismo día, á las doce y cuarto. — «Siento tener que manifestar que esta mañana, después de haberse marchado Sir Reade, se han agravado los síntomas peligrosos. Opino que el general Bonaparte se muere por momentos.»

A las 9 de la noche. — «Desde hace cuatro horas sigue lo mismo. Los síntomas no han recrudecido y las ansias son menos. Ha dormido con tranquilidad dos ó tres veces y en este momento está muy sosegado.»

A las 10 de la noche. — «Parece que está mejor desde hace una hora. Ha dormido bien y está muy tranquilo. Desde las seis de la mañana no ha tenido apenas espasmos. — *Dr. Arnott.*»

3 Mayo. — Desde las diez hasta las doce de la noche estuvo el Emperador sosegado, pero continuaron después los espasmos y deliró de nuevo, aunque el pecho no estaba tan movido. En aquel punto, se suscitó una discusión muy viva entre los dos médicos, á propósito de una medicina que el inglés quería administrar al enfermo contra el parecer de Antommarchi. El incidente fué sometido al criterio del gobernador, que inmediatamente se trasladó á Longwood y tuvo una conferencia sobre ello con Montholon. Insistió de nuevo en la necesidad de celebrar consulta con otros médicos, para acabar con tan diversas opiniones. Bertrand le manifestó que era imposible la consulta, porque Napoleón preguntaba si se moría siempre que se le iba con semejante pregunta. Por fin, acordaron esperar á que, por efecto de la debilidad, cayese el enfermo en delirio, para consultar entonces á los médicos de la armada propuestos por el contralmirante Lambert (2).

(1) *Memorias del doctor Antommarchi*, t. II, p. 135.

(2) Véase justificante núm. 9.

Sin embargo, esta ocasión no había de presentarse, porque el Emperador cayó en sopor inconsciente pocas horas antes de morir, cuando ya eran inútiles los auxilios de la medicina. Por el contrario, á partir del jueves 3 de Mayo recobróse algún tanto, y, estimulado por la preocupación de que nadie sino los de costumbre le viesen, recomendó de nuevo á sus íntimos que en caso de perder el conocimiento, sólo dejasen entrar al doctor Arnott de entre los médicos ingleses. Entonces dijo á sus albaceas testamentarios: «Voy á morir, y vosotros volveréis á Europa. He de aconsejaros la conducta que habéis de seguir. Habéis compartido mi destierro, y seréis fieles á mi memoria, sin hacer nada que pueda lastimarla. Yo he sancionado todos los principios, los he infundido en mis leyes y en mis actos. Ni uno solo dejé de consagrar. Desgraciadamente, las circunstancias fueron rigurosas y hube de contemporizar y transigir y demorar. Sobrevinieron los reveses, no pude desmontar el arco, y Francia se ha visto privada de las liberales instituciones que yo le destinaba. Francia me juzga con indulgencia, tiene en cuenta mis intenciones y recuerda mis triunfos. Imitadla. Sed fieles á las opiniones que hemos defendido, á la gloria lograda. Fuera de esto, no hay más que vergüenza y confusión (1).»

Poco después, se agravó repentinamente el Emperador y estuvo en extremo agitado. Entonces intentó Arnott por última vez que Antommarchi consintiese en administrar al enfermo una dosis de cálmelanos, pero no pudo conseguirlo, por lo que recurrió al juicio de Montholon, quien fué del mismo parecer que el médico inglés, y, en consecuencia, le propinaron la poción al Emperador.

4 Mayo. — El parte del doctor Arnott dice: «No sigue tan mal como ayer, y aun cabe decir que está algo mejor, pues no obstante su debilidad, ha pasado regularmente la noche. En conjunto, tengo esta mañana más esperanzas que los dos últimos días.»

Durante este día fueron á Longwood los doctores Short y Mitchell, llamados por sus colegas. Acompañábalos el gobernador, pero toda diligencia resultó inútil por la inflexible entereza con que Montholon

(1) *Memorias del doctor Antommarchi*, t. II, p. 145.

y Marchand se opusieron á su entrada en el aposento imperial. Ante la insistencia de los forasteros, manifestó Montholon que la vista de caras nuevas produciría terrible efecto en el ya decaído ánimo del enfermo.

A las nueve de la noche envió el doctor Arnott el siguiente parte á Hudson Lowe: «Acabo de dejar al enfermo profundamente dormido. Parece algo mejorado. No tiene agobios, respira con facilidad y entre día ha tomado bastante alimento.»

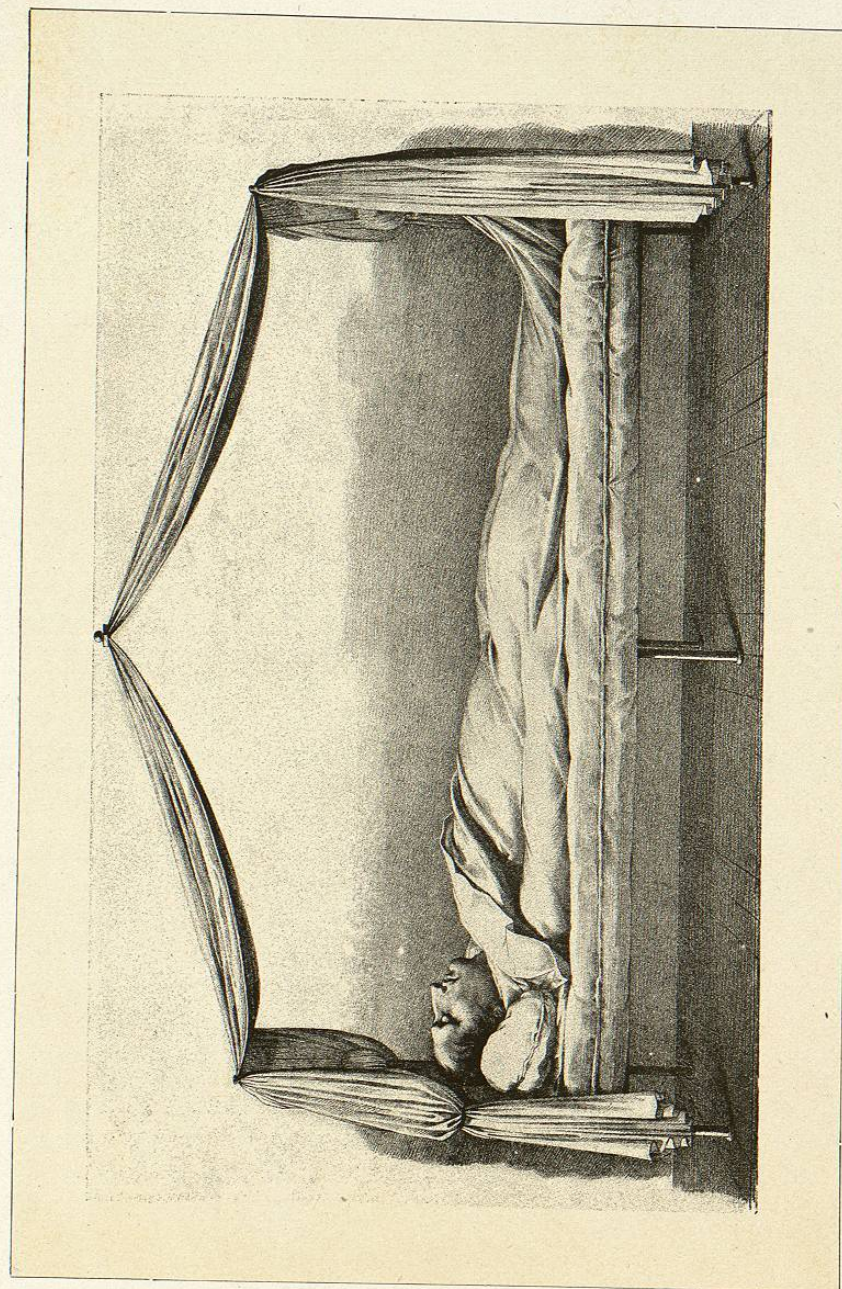
Este parte fué el último favorable que recibió el gobernador, pues en aquel mismo punto empezó la agonía, «que siguió sin interrupción, con muestras en el rostro del héroe de crueles sufrimientos... El tiempo era horrible, pues corría la mala estación y las ráfagas de viento y las rachas de lluvia desarraigaron algunos de los árboles recientemente plantados (1).»

5 Mayo. — A primera hora, una señal convenida avisó al gobernador que Napoleón se extinguía. Sin embargo, el moribundo pudo dirigir algunas palabras á Montholon, con voz apenas inteligible. Durante aquellas últimas horas de su vida, el Emperador permaneció echado de espaldas, sin movimiento alguno, excepto una sola vez, en que cruzó lentamente las temblorosas manos para luego abrirlas y no volverlas á juntar. Por la mañana, el gobernador recibió este parte de Arnott: «Se muere. Montholon me ruega que no me separe de la cabecera. Desea que yo le vea morir.»

Sin embargo, hasta las tres de la tarde no aparecieron los síntomas de muerte. El cuerpo fué enfriándose poco á poco y la respiración era á cada minuto más angustiada. «Todos los servidores del Emperador, arrodillados en torno de la cama, acechaban en el rostro del agonizante los últimos destellos de la vida.» A las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde, al hundirse en el mar los postreros rayos del sol, exclamaron los médicos: «¡Ha muerto!»

El gobernador se enteró del fallecimiento por una esquela que le escribió con lápiz el facultativo inglés, diciéndole: «Acaba de expirar.» Momentos después recibió Lowe una carta de Montholon dictada

(1) Thiers: *El Consulado y el Imperio*, t. XX, p. 706.



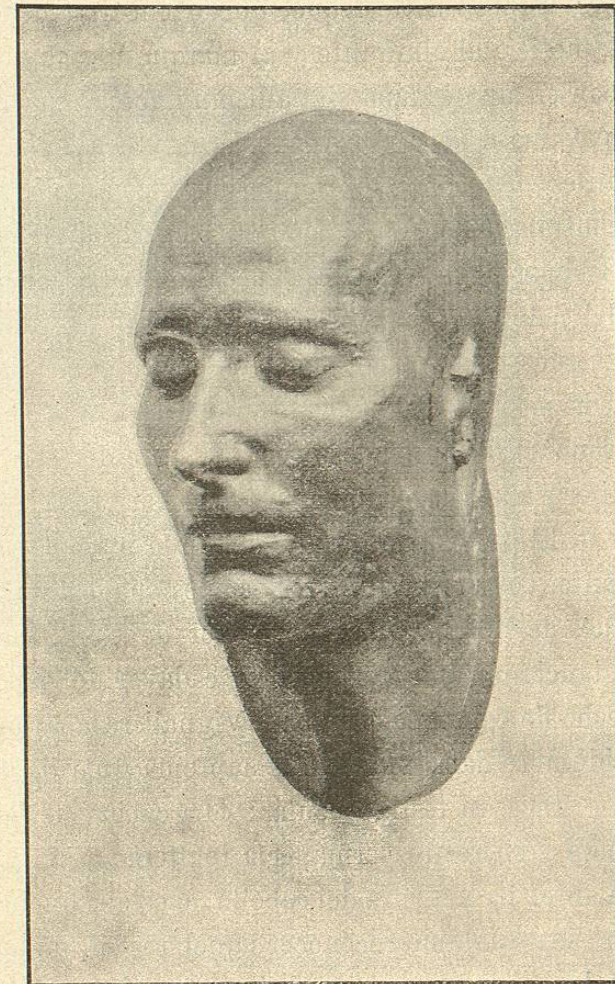
EL CADÁVER DE NAPOLEÓN TENDIDO SOBRE EL MISMO LECHO DE CAMPAÑA EN QUE HABÍA DORMIDO EL EMPERADOR LA VESPERA DE LA BATALLA DE AUSTERLITZ (Según dibujo del capitán de navío Marryat, de la marina inglesa.)

por el Emperador el 27 de Abril, con encargo de enviársela inmediatamente después de su muerte. Decía así: «Señor gobernador: El emperador Napoleón ha muerto el 5 de Mayo, después de larga y penosa enfermedad. Tengo el honor de participároslo. Me autorizó para daros cuenta, si así lo deseáis, de su última voluntad. Os ruego que me manifestéis las disposiciones de vuestro gobierno para el traslado del cadáver á Europa, así como las relativas á las personas de su séquito (1).»

Escribe H. Lowe: «Estaba yo en la casa nueva de Longwood (es decir, á unos cuantos metros de la residencia del Emperador) cuando recibí la noticia de su muerte. Fui en seguida á la casa mortuoria, donde el general Montholon me manifestó su deseo de que nadie pudiese ver el cadáver hasta pasa-

das seis horas, durante cuyo tiempo la servidumbre quería rezar por su alma y mudar de lecho el cuerpo.

»El doctor Arnott no se había separado del cadáver y el oficial de guardia lo vió inmediatamente después de muerto, pero yo igno-



MASCARILLA DE NAPOLEÓN
 Moldeada el día de su muerte por el Dr. Antommarchi.
 (Colección de M. Germán Bapst.)

(1) Montholon: *Relatos del Cautiverio*, t. II, p. 544.